



SEGUNDO EPISODIO

ENTRE LOS «TEURS»

XI

La travesía del Mediterráneo.—Las cinco maneras de ponerse la «chechia».—La tercera tarde.—¡Misericordia!

El día primero de Diciembre de 186..., á medio día, con un sol de invierno provenzal, y un tiempo claro y espléndido, los marseleses vieron desembocar en la Cannebière un *Teur*, ¡oh! pero un *Teur*... como jamás habían visto ninguno, y eso que aquel puerto es muy frecuentado por los orientales, y en particular por los africanos.

El *Teur* de que hablamos, no hay para qué decir que era Tartarín, el gran Tartarín de Tarascón, que andaba á lo largo del muelle, seguido de sus cajas de armas, de su botiquín y de sus conservas, dirigiéndose hacia el embarcadero de la compañía Touache para

instalarse en el paquebot *El Zuavo*, que le conduciría al teatro de sus proezas.

Quisiera ahora, queridos lectores, ser pintor, y pintor notable, para dibujaros las diferentes posturas que tomó la *chechia* de Tartarín en los tres días de navegación que pasó á bordo de *El Zuavo*, entre Francia y Argelia.

Os la pintaría, en primer lugar, en el momento de la salida del vapor, encima del puente, heroica y altiva, colocada como una aureola en aquella hermosa cabeza tarasconense.

Después os la mostraría á la salida del puerto, cuando *El Zuavo* empezó á mecerse sobre las olas, estremeciéndose

admirada y como sintiendo ya los primeros ataques del mareo.

En seguida, y ya en el Golfo de Lyon, á medida que avanza en alta mar y que ésta se hace más dura, os la enseñaría, levantándose asustada en el cráneo de nuestro héroe, con su enorme borla azul que se despeluzaba por efecto de la bruma y de la tormenta...

Cuarta postura, á las seis de la tarde, al ver las costas de Córcega. La infortunada *chechia* se inclina por encima de la borda del vapor y mira tristemente al mar...

Y, por último, la quinta postura se ve en el fondo de un estrecho camarote, en una camita que parece el hueco de un estante; una cosa informe se revuelve, quejándose, en la almohada. Es la *chechia*, la heroica *chechia*, que, reducida ahora al estado vulgar de gorro de dormir, se cuela hasta las orejas de una cabeza de enfermo, con la faz pálida y contraída...

¡Ah! Si los tarasconenses hubieran podido ver á su gran Tartarín acostado, como si dijéramos, en un cajón de cómoda, iluminado por la claridad triste que entraba por un tragaluz y envuelto en una atmósfera que despedía olores de cocina, de madera húmeda y de brea; si le oyeran quejarse á cada movimiento de la hélice y pedir té cada cinco minutos, con una voz de niño mimado, ¡cuánto hubieran sentido haberle forzado á partir!...

Os aseguro, á fe de historiador, que el pobre *Teur* daba lástima.

Sorprendido de repente por el mareo, el infortunado ni siquiera había tenido valor para aflojar su cinturón ni para desembarazarse de su arsenal. El cuchillo de monte, que tenía un mango muy gordo, le magullaba el pecho, y el revólver un costado. Además, para alivio de sus males, Tartarín-Sancho no cesaba de refunfuñar, de quejarse y de decir á Tartarín-Quijote:

—¡Anda, estúpido!... Bien te lo decía...

¡Ah! Has querido ir á África... Pues bien, ahí la tienes... ¿qué te parece?

Y lo más cruel de todo era que, desde su camarote y en los cortos intervalos de sosiego que le dejaban sus dolores, el desgraciado oía á los pasajeros en el gran salón reír, cantar y jugar á las cartas.

La sociedad á bordo de *El Zuavo* era tan alegre como numerosa. Oficiales que volvían á sus respectivos cuerpos, cómicos, un rico musulmán que regresaba de la Meca, un príncipe montenegrino muy divertido, que imitaba perfectamente al actor Barón... Ninguno de ellos se mareaba y pasaban el tiempo bebiendo Champagne con el capitán de *El Zuavo*, marsellés de carácter franco y de natural donaire, llamado Barbasson.

Tartarín estaba muy furioso contra todos ellos, pues su algazara le hacía daño...

É ignoramos lo que hubiera sucedido si en la tarde del tercer día no hubiese habido á bordo un movimiento extraordinario, que sacara á nuestro héroe de su ya largo malestar y aislamiento.

La campana de proa se dejó oír, y los marineros corrían por encima del puente.

—¡Máquina adelante!... ¡máquina atrás!... gritaba el capitán Barbasson con voz ronca.

Y luego:

—¡Páral!

Después, una sacudida, y nada más... Nada, sino que el paquebot se mecía silenciosamente de derecha á izquierda como un globo en el aire...

Ese extraño silencio asustó al tarasconense.

—¡Misericordia! ¡nos hundimos! exclamó con voz angustiada.

Y recuperando sus fuerzas como por arte mágico, de un salto se plantó sobre cubierta.

XII

¡A las armas! ¡A las armas!

No se hundían, sino que llegaban al término de su viaje.

El *Zuavo* acababa de entrar en la rada; una excelente rada de gran fondo, con aguas negras y abundantes, pero silenciosa, triste y casi desierta.

Enfrente, y en una colina, se veía la blanca ciudad de Argel con sus casitas en la planicie, que descende hacia el mar, apretadas unas contra otras y con un cielo diáfano, sonriente, un gran cielo y de un color azul vivísimo, que convida al bienestar del cuerpo y á las más gratas expansiones del espíritu.

El ilustre Tartarín, algo repuesto del susto que experimentara, recreaba su vista con los encantos de aquel panorama, escuchando á la vez respetuosamente al príncipe montenegrino, que, de pie á su lado, le daba explicaciones minuciosas y le nombraba los diferentes barrios de la ciudad, la *casbah*, la villa alta, la calle Bab-Azoun. Este príncipe era muy fino y cortés, conocía á fondo la Argelia y hablaba correctamente el árabe. Era, sin duda alguna, muy guapo y simpático; delgado, con el pelo rizado, perfectamente afeitada la barba y condecorado con órdenes muy extrañas. Tal aspecto, iluminado por la luz que brotaba de sus ojos llenos de malicia, y su acento italiano, le daban una vaga semejanza con Mazarino, advirtiéndosele, á poco de conversar con él, que era muy instruido y un latinista distinguido, toda vez que á cada momento citaba con facilidad, y sin aparecer pesado ni pedante, á Tácito, á Horacio y á sus comentaristas.

De antigua y distinguida raza, según decía, sus hermanos le habían deste-

rrado desde la edad de diez años á causa de sus opiniones liberales, y desde entonces corría el mundo, tanto para instruirse como para divertirse y ¡coincidencia singular! el príncipe había pasado treinta y seis meses en Tarascón; mas como Tartarín se admirara de no encontrarle nunca en el paseo:

—Salía muy poco, contestó Su Alteza con tono evasivo.

Y por respetuosa cortesía, el tarasconense no se atrevió á preguntarle más.

¡Esos grandes personajes encierran tantos misterios!...

De repente, en todo lo largo de la banda de babur en que se apoyaban, nuestro héroe vió una fila de grandes manos negras que se asían al buque desde el agua, ni más ni menos que si se tratara de un abordaje; una cabeza de crespo pelo y negra faz se presenta de repente delante de él, y antes de que tuviera tiempo siquiera de abrir la boca, el puente fue invadido por un centenar de piratas, negros, amarillos, medio desnudos, asquerosos y terribles.

Bien los conoció Tartarín...

Eran ellos, aquellos famosos ellos que buscó tantas veces de noche en las calles de Tarascón. Por fin se decidían á ponerse en su presencia.

Al principio la sorpresa le clavó en su sitio; pero cuando vió á los forbanes precipitarse sobre los equipajes, arrancar la lona embreada que los cubría, y empezar, cual si dijéramos, el saqueo del buque, el héroe salió de su estupor, y sacando de la vaina el cuchillo de monte:

—¡A las armas! ¡A las armas! gritó á los viajeros, precipitándose desde luego sobre los piratas.

—*Ques acó? ¿Qué es eso? ¿Qué os pasa?* le dijo el capitán, que salía del entrepuente.

—¡Ah! ¿Estáis ahí, capitán?... ¡Pronto, pronto, mandad que la tripulación tome las armas.

—¿Y para qué, *boun Diou?*

—Pero, ¿no véis lo que pasa?

—¿El qué?

—Allí... delante... los piratas...

El capitán Barbasson le miraba sin comprender.

En aquel momento, un negro alto y fornido pasaba corriendo por delante de ellos, con la caja de medicamentos de nuestro héroe á la espalda.

—¡Miserable!... ¡Espérame!... dijo rugiendo de cólera el tarasconense.

Y echó á correr, daga en mano.

Barbasson le alcanzó y le detuvo por la cintura:

—Pero ¿queréis estaros quieto? ¡*Tron de ler!*... No son piratas, ya hace tiempo que no los hay; son mozos de cuerda...

—¡Mozos de cuerda!

—Sí, que vienen por los equipajes para llevarlos al muelle. Volved el cuchillo á su vaina, dadme vuestro billete y sigamos á aquel negro, un buen muchacho que os llevará á tierra, y también á la fonda, si así lo deseáis.

Un tanto confuso, Tartarín entregó su billete, y siguiendo al negro, bajó por la escalera á una gran lancha que se mecía junto al vapor.

Todo su equipaje estaba allí ya; sus baules, sus cajas de armas, sus conservas alimenticias, etc.; y como ocupaban por entero aquella lancha, no fué necesario esperar á ningún otro viajero.

Un mozo se encaramó encima de los paquetes, en los que se acurrucó como un mono, con las rodillas en las manos. Otro empuñó los remos... y ambos miraban riendo á Tartarín, enseñando sus blancos dientes.

De pie en la popa, con esa terrible mueca que aterrorizaba á sus compatriotas, el gran tarasconense empuñaba febrilmente el mango de su cuchillo; pues

á pesar de cuanto le dijo el capitán, no estaba del todo tranquilo respecto á las intenciones de aquellos dos mozos de piel de ébano, que se parecían tan poco á sus colegas de Tarascón.

Tartarín se había figurado que Argel era una ciudad oriental, que debía tener algo de mágico y mitológico; una cosa así, que no fuera ni Constantinopla ni Zanzíbar, pero que participara de ambas ciudades, mas de seguro sin nada de lo que caracteriza á las poblaciones europeas, y, por consiguiente, á Tarascón... Cafés, fondas, anchas calles, casas de cuatro ó cinco pisos, una plaza enarenada en la que uno de los regimientos de la guarnición tocaba polkas de Offenbach; caballeros sentados en sillas de hierro, bebiendo cerveza, señoras, militares, siempre militares...

Todo esto vió y observó; mas ni siquiera un *Teur*... El era el único; así es que le dió cierta cortedad al atravesar la plaza, pues todo el mundo le miraba y hasta los músicos dejaron de tocar, cortando la polka de Offenbach por medio de un compás.

Sin embargo, nuestro héroe, con sus dos escopetas en el hombro, el revólver á la cadera, feroz y majestuoso como Robinson Crusoe, pasó por medio de todos, sosteniendo con arrogancia la mirada de tanto descarado como allí había, y de tan impertinentes curiosos.

Pero al llegar á la fonda sus fuerzas le abandonaron.

La salida de Tarascón, el puerto de Marsella, la travesía, los piratas, el príncipe montenegrino, todo se revolvía en su cerebro... Fué preciso subirle á una habitación, desarmarle, desnudarle y meterle en la cama... Se hablaba ya de mandar por un médico; pero apenas la cabeza de nuestro héroe descansó en la almohada, cuando se puso á roncar tan fuerte y con tantas ganas, que el fondista juzgó inútiles los socorros de la ciencia, y todos se retiraron discretamente.

¡Cuánto sufrió nuestro buen provenzal en tan poco tiempo!

XIII

El primer acecho.

Las tres daban en el reloj del palacio del Gobernador cuando Tartarín se despertó.

Había dormido toda la tarde, toda la mañana y parte de la otra tarde.

Es verdad que durante tres días no había tenido un solo momento de descanso.

Al abrir los ojos, su primer pensamiento fué este:

«Me hallo en el país de los leones.»

Y á fe de imparcial, ¿por qué no decirlo? Ante la idea de que dichos animales estaban cerca y de que era preciso cazarlos, ¡brrr! un frío mortal se apoderó de él y se metió bizarramente debajo de las mantas.

Pero después de un instante, la alegría de la calle, el cielo azul, el sol que llenaba su habitación, un buen almuerzo que se hizo servir en la cama, remojado con excelente vino de Crescia, le devolvieron muy pronto su antiguo heroísmo.

—¡Al león! ¡Al león! exclamó saltando del lecho y vistiéndose con presteza.

He aquí cuál era su plan.

Salir de la ciudad sin decir nada á nadie, llegar al Desierto, esperar la noche, ponerse en acecho y al primer león que pasara á su alcance... ¡pim! ¡pum!... Y después, volver al día siguiente á almorzar á la fonda de Europa, para recibir las felicitaciones de los argelinos y alquilar un carro para traer su presa.

¡Seductor programa! ¡Halagadora perspectiva! ¡Mágicos ensueños!

Se armó, pues, apresuradamente, rodeó su cuerpo con la tienda, cuyo palo, puesto en sentido vertical, sobresalía lo menos un pie por encima de su cabeza, y con ésta muy erguida bajó á la calle.

Una vez fuera, y no queriendo preguntar á nadie la dirección que debía seguir, por miedo de despertar sospechas respecto á sus proyectos, tomó resueltamente por la derecha, siguió hasta el fin los soportales del Bab-Azoun, en donde, desde el fondo de sus oscuras tiendas, multitud de judíos argelinos le miraban pasar acurrucados en un rincón, atravesó la plaza del teatro, siguió por el arrabal, hallándose por fin en la carretera que conducía á Mustafá.

Aquel camino estaba lleno de ómnibus; simones, carricoches, camiones, carretas cargadas de heno y tiradas por sus correspondientes yuntas de bueyes, escuadrones de cazadores de Africa, recuas de horriquillos del país, ó sean jumentos notablemente pequeños, negras que vendían rosquillas, coches llenos de alsacianos que emigraban, spahis con sus capas coloradas, y todo esto desfilando con un torbellino de polvo y acompañado de gritos, cantos y toques de corneta, por entre dos hileras de malas casuchas, en las que se veían mahonesas peinándose delante de la puerta, tabernas llenas de soldados, carnicerías, etc.

—¡Que me hablen luego de Oriente! pensaba el gran Tartarín. ¡Bah, bah! ¡Ni siquiera hay tantos *Teurs* como en Marsella!

Pero de pronto vió pasar á su lado, moviendo ceremoniosamente sus grandes patas y estirando su largo pescuezo, un soberbio camello, y eso hizo latir con más fuerza su corazón.

¡Camellos ya! pensó nuestro hombre. Los leones no deben andar muy lejos, y lo sensible sería me encontrase con un molesto competidor.

Y, en efecto, á los cinco minutos vió venir hacia él, con la escopeta al hombro, unos cuantos cazadores.

—¡Cobardes! se dijo nuestro héroe al pasar á su lado. ¡Cobardes! Ir á matar al rey de los animales tantos hombres juntos y acompañados de perros...

Jamás hubiera podido imaginarse que en Argelia se pudiese cazar otra cosa que leones. Sin embargo, aquellos cazadores parecían honrados comerciantes, y luego aquella manera de cazar la fiera con perros, y eso de llevar los morrales á la espalda era tan patriarcal, que el tarascense, un poco vacilante y curioso, creyó que debía preguntarles algo.

—¿Qué tal caza se ha hecho, señores?

—No del todo mala, respondió uno de ellos, mirando con espanto el armamento del guerrero de Tarascón.

—¿Habéis matado alguno?

—¡Ya lo creo!... Mirad.

Y el cazador argelino enseñaba su morral, lleno de conejos y de chochas.

—¿Cómo, en el morral! ¿Los metéis en el morral?

—¿Y en dónde queréis que los meta?

—Pero, entonces, son... son de los pequeñitos...

—Pequeños y grandes, dijo el cazador.

Y como tenía prisa por volver á su

casa, alargó el paso para alcanzar á sus compañeros.

El intrépido Tartarín quedó inmóvil, estupefacto en medio del camino... Mas después de un momento de reflexión:

—¡Bah! se dijo; son unos embusteros... Nada han matado.

Y prosiguió su marcha.

Las casas eran cada vez más raras, y los transeúntes también. El sol se ausentaba con ligereza, la luz se iba desvaneciendo, y los objetos se confundían ya entre las sombras.

Tartarín de Tarascón anduvo todavía como cosa de media hora, y por fin se detuvo... La noche había cerrado por completo; noche sin luna, pero muy estrellada.

Nadie aparecía por el camino...

Nuestro héroe, pensando, y con razón, que los leones no eran como las diligencias, y que, por consiguiente, no frecuentarían las carreteras, se internó en los campos... A cada paso hallaba zanjas, tropezaba con las malezas y los matorrales. ¡No importa! marchaba siempre... De repente hizo alto.

—Huele á león por aquí, se dijo nuestro héroe.

Y aspiró con fuerza el aire, á derecha é izquierda.

XIV

¡Pim! ¡Pam!

ERA un desierto salvaje, todo lleno de plantas muy extrañas, de esas plantas orientales que parecen animales malos. Con la escasa luz de las estrellas, su sombra se agrandaba, estirándose por el suelo en todos sentidos. A la derecha se veía la masa confusa de una montaña, el Atlas tal vez... A la izquierda se oía el mugido de las olas... Era un sitio que debía atraer las fieras...

Con un fusil delante de él y otro en las manos, Tartarín de Tarascón hincó una rodilla en tierra y esperó... Esperó una hora, dos... ¡nada!... Recordó entonces que había leído en sus libros favoritos que los grandes matadores de leones no iban nunca á cazarlos sin llevarse un cabrito, que ataban á algunos pasos de ellos y que hacían balar tirándole de las patas con un cordel.

No teniendo cabrito, el tarasconense imaginó imitar á este animalito y se puso á balar con voz lastimera: «¡Bél! ¡Béel... Primeramente lo hizo muy bajito, porque tenía algún miedo de que el león le oyese...; después, viendo que no venía, baló con más fuerza: «¡Bél! ¡Béel...» Nada todavía... Lleno de impaciencia, chilló más y repitió muchas veces: «¡Bél... ¡Bél... ¡Bél...» con tanta fuerza, que su balido parecía el mugido de un toro...

De repente, á algunos pasos delante de él, vió un bulto negro y grande que se movía, olía el suelo, saltaba, se revolcaba, echaba á correr, luego volvía, y se paraba de pronto.

No admitía duda; era el león... Ya distinguía perfectamente sus cuatro patas cortas, su espesa melena y sus ojos que relucían en la sombra...

¡Apunten! ¡fuego! ¡pum!... Era cosa hecha. Había matado un león... Su gloria estaba ya asegurada... Tarascón se regocijaria al saberlo, vestiría sus mejores galas, habría gran fiesta entre los tarasconenses, y al regresar triunfante, sus convecinos le llevarían en andas.

Imposible es relatar el estado de alma de Tartarín al pensar que había dado caza á un león en pleno desierto africano. Estuvo á punto de sufrir un desvanecimiento, efecto del gran placer que experimentó en el momento de salir el tiro... Pero se rehizo en seguida, y calculando que la fiera acaso no estuviese sino herida, nuestro héroe dió un salto hacia atrás y desenvainó su cuchillo de monte; en efecto, un quejido especial, pero imponente, que al bravo cazador pareció un rugido espantoso, respondió al tiro del tarasconense.

—¡Está herido! exclamó Tartarín; y con el cuerpo recogido y el cuchillo dispuesto para blandirlo con pujante fuerza, se preparó á recibir el ataque de animal tan fiero; pero éste, en vez de atacar, huyó... Sin embargo, él no quiso moverse, pues esperaba la hembra...

Siempre como en los libros.

Desgraciadamente ésta no vino, según solía acontecer en idénticos casos, á juzgar por lo que él había leído en las relaciones de los más intrépidos cazadores, y después de tres ó cuatro horas de espera, el valiente Tartarín se cansó.

La tierra estaba húmeda, la noche fresca, y la brisa del mar empezaba á soplar.

—Si echara un sueño mientras llegara el día, se dijo.

Y para evitar el reuma, recurrió á la tienda de campaña... Pero ¡qué demonio! Era ésta de un sistema tan ingenioso y lo había ensayado tan poco, que le fué imposible abrirla.

Por más esfuerzos que hizo, sudando á mares, la condenada tienda permaneció cerrada. Nuestro héroe la tiró por el suelo y se echó encima, jurando como verdadero provenzal.

¡Taratá, tará... taratá!

—¿Ques acó? ¿Qué es eso? dijo Tartarín despertándose alarmado.

Eran los clarines de los cazadores de África que tocaban diana en los cuarteles de Mustafá...

Nuestro matador de leones, estupefacto, se restregó los ojos... ¡El que se creía en pleno desierto!... ¿Sabéis en dónde se hallaba? Pues en un plantío de alcachofas, de coliflores y de remolachas. Su Sahara tenía verduras...

Muy cerca de él, en la linda colina verde de Mustafá de Arriba, se veían hermosas quintas argelinas, blancas como palomas y que brillaban con el rocío de la mañana.

El espectáculo burgués y plácido de aquel paisaje, admiró mucho á nuestro hombre y le puso del más pésimo humor. Después, fijando más la mirada en el sitio, teatro de su hazaña:

—Esas gentes están locas, se decía; plantar alcachofas en donde moran los leones... porque yo no he soñado... Han venido hasta mí... ¡Bien clara está la prueba!...

Dicha prueba eran algunas manchas de sangre que el animal, huyendo, había dejado detrás de sí. Inclinado sobre aquellas huellas sangrientas, con el ojo avizor y e revólver en la mano, el valiente tarasconense llegó de alcachofa en alcachofa hasta un campo de avena... Vió la hierba pisoteada, un charco de sangre, y en medio de éste, echado de costado, con una tremenda herida en la cabeza, divisó un... ¡Adivinad qué!...

—Pues bien, un león.

—No; un borrico, uno de esos borriquillos, tan comunes en Argelia, y que se designan con el nombre de *bourricots*.



El tarasconense, lleno de confusión, paraba los golpes con su carabina.

XV

Llegada de la hembra.—Terrible combate.

La cita de los conejos.

EL primer movimiento del valiente cazador en presencia de su desgraciada víctima, fué de despecho.

¡Hay tanta diferencia de un *bourriquot* á un león!...

El segundo fué de lástima.

¡El animalito era tan lindo y parecía tan bueno!

Se acercó á él, lo palpó, y notando que aún estaba caliente, Tartarin se arrodilló, y con una de las puntas de su faja argelina, procuró restañar la sangre del desgraciado animal; y era en verdad cosa que enternecía sobremanera el ver á tan grande hombre cuidar con tanta solicitud á un borriquillo.

Éste, al contacto suave de la sedosa tela, abrió sus grandes ojos grises y movió dos ó tres veces las orejas como para decir: «¡Gracias!... ¡Gracias!...» Después una fuerte convulsión le sacudió desde la cabeza á la cola, y no volvió á moverse más.

—¡Negrito!... ¡Negrito! exclamó de repente una voz angustiada. Y al mismo tiempo, las ramas de un seto próximo se abrieron... Tartarin á duras penas pudo prepararse y ponerse en guardia.

¡Era la hembra!...

Apareció ésta terrible, rugiente, en la forma de una vieja alsaciana, con un pañuelo atado en la cabeza, armada con un enorme paraguas colorado y preguntando por su borriquillo á todos los ecos de Mustafá.

Ciertamente que hubiera sido preferible para Tartarin hallarse enfrente de una leona que de tal bruja. En vano el desgraciado procuró explicarle el caso, diciéndole que Negrito le había parecido un

león. La vieja creyó que se burlaba de ella, y echando por la boca enérgicos *tarteifle!* interjección alsaciana que traducen muy gráficamente y usan sin cesar los españoles, cayó sobre nuestro héroe á paraguazos. El tarasconense, lleno de confusión, se defendía cuanto le era posible, parando los golpes con su carabina, sudando, saltando y gritando:

—¡Pero, señora... pero, señora!

Mas ésta no hacía caso y redoblaba sus golpes.

Felizmente, un tercer personaje se presentó en el campo de batalla. Era el marido de aquella furia, alsaciano también, bodegonero además, y que entendía muy bien de cuentas.

Cuando vió de lo que se trataba y que el matador no pedía otra cosa sino abonar el precio de la víctima, desarmó á su esposa y se entendieron.

Tartarin pagó doscientas pesetas por un asno que valía diez, pues éste es su importe en los mercados árabes; después enterraron al pobre Negrito al pie de una higuera, y el alsaciano, puesto de buen humor por las monedas tarasconenses, invitó al héroe á que fuera á desayunarse á su figón, situado á algunos pasos de allí en la orilla del camino, y se dirigieron á él.

Los cazadores argelinos solían almorzar los domingos en aquella taberna, porque aquella llanura era fértil en caza y en dos leguas en redondo no se encontraba mejor sitio para matar conejos.

—¿Y los leones? preguntó Tartarin.

El alsaciano le miró admirado.

—¡Los leones!

—Sí. ¿Véis algunos? repuso el pobre hombre con menos seguridad.